
Diálogo con Menéndez Pidal

Horacio Castillo

EN Chamartín de la Rosa, a pocos minutos del centro madrileño, un escueto y significativo letrero anuncia al transeúnte: "Casa de Menéndez Pidal, Cuesta del Zarzal 33". La calle, en realidad, figura en las guías urbanas con el nombre de los Condes del Val, aunque la primera designación convenga más con su topografía. Si bien el sitio es apacible, diáfano, retirado, aquella tarde de mi primera visita tenía, a causa de la llovizna persistente, algo de grave, mejor aún de hostil, realzado tal vez por el largo muro que rodea al edificio, cuya parte superior emerge entre los árboles del parque. Fue necesaria una nueva contemplación en un día luminoso para advertir en su dimensión legítima lo que aquel lugar tiene de acogedor, su calma aldeana, su saludable aire de campo. Tal sensación cobró evidencia cuando, después de atravesar el pórtico y cruzar los jardines, fui conducido al amplio escritorio de la planta alta donde la paz parecía haber hecho su asiento. Las grandes ventanas dan al parque, y en los días de sol, el gorjeo de los pájaros confiere a la sala un marcado acento místico. No era por cierto aquel el taller recoleto de Lope de Vega, que yo había visto reconstruido en Madrid; tampoco el de Unamuno, en la casa rectoral de Salamanca, más de monje que de

escritor. No era, acaso, el recinto familiar de Vicente Aleixandre, en el Parque Metropolitano, ni menos el de D'Annunzio, cuyo lujo sibarítico había admirado yo en *Il Vittoriale*, allá en el Lago di Garda, en la eterna Italia. Este de Chamartín era el estudio ordenado, preciso, sobrio, espacioso del investigador, y en él recordé las palabras que Rilke recibió de Rodin: "Il faut travailler, rien que travailler", a nadie aplicables con mayor acierto que al hombre que el mismo día de cumplir sus noventa años ha publicado *LA CHANSON DE ROLAND Y EL NEOTRADICIONALISMO*, enjudioso volumen de quinientas páginas en abierta controversia con el antitradicionalismo de Bédier.

Catedrático, jubilado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, doctor *honoris causa* de las Universidades de París, Oxford, Hamburgo, Tubinga, Toulouse, Lovaina, Bruselas y Amsterdam, don Ramón Menéndez Pidal constituye la principal autoridad de la lengua, y en tal sentido dirige la más importante corporación cultural de la raza como es la Academia Española. Elegido en 21 de marzo de 1901, tomó posesión de su silla en 19 de octubre de 1902. Las sillas eran, en principio, veinticuatro, que se designan con letras mayúsculas, y por Real Decreto de 12 de mayo

SEMBLANZA

de 1847 fueron creadas otras doce, las cuales son identificadas con minúsculas. Don Ramón ocupa la silla "b", en la que le han precedido Don Joaquín Francisco Pacheco, Don José Salgás y Carrasco, y Don Víctor Balaguer. En 23 de diciembre de 1925 fue consagrado director interino, y en propiedad, en 2 de diciembre de 1926, reeligiéndosele en 5 de diciembre de 1929, en 1º de diciembre de 1932, y en 5 de diciembre de 1935. Luego de un intervalo en qu sucediéronse en el cargo Don José María Pemán, Don Francisco Rodríguez Marín, Don Miguel Asín Palacios y nuevamente Pemán, Menéndez Pidal fue nombrado otra vez director en 4 de diciembre de 1947, y reelegido en 7 de diciembre de 1950, en 3 de diciembre de 1953, 6 de diciembre de 1956 y en diciembre último. En la misma Academia se ha desempeñado, asimismo, como censor, función para la que fue comisionado en forma interina en 27 de diciembre de 1924. En el escalafón cuenta hasta el 1º de enero de 1959, con 1986 asistencias, vale decir el tiempo equivalente a cinco años consecutivos. Contaba no hace mucho el poeta Gerardo Diego que el día en que Don Ramón cumplió sus ochenta años, pidió a Marañón le hiciera una revisión completa, para saber si estaba en condiciones de empezar una obra que le llevaría quince años de labor. A unos compatriotas que fueron a saludarle al celebrar sus noventa años, los invitó para su centenario, todo lo cual da la pauta del carácter de este viejo joven que sigue realizando la ley del trabajo constante bajo el signo compulsivo de la esperanza.

Pequeño de cuerpo, la pluvial barba ya gris, inquieta, viva la mirada detrás de los lentes, serio pero amable, conciso en la expresión, aquella

tarde de mi primera visita Don Ramón vestía un traje oscuro. Al verlo entrar me habían sorprendido su vitalidad, su paso seguro, el modo decidido de dar la mano y, ya instalados en los sillones tapizados de verde, junto a la pequeña mesita donde una tarjeta de diplomático hindú indicaba la universalidad de su saber, tuve oportunidad de advertir la lucidez de pensamiento, el dinamismo de la memoria, la juventud de este nonagenario insigne de quien se dice hizo su viaje de bodas por la ruta del Cid y a cuya hija llamó Jimena. Don Ramón comenzó aludiendo a su teoría de que doquiera se hable castellano existen romances, lo que se ha dado en llamar —dijo— "dogma de Menéndez Pidal", y que ha podido comprobarse en las Filipinas e incluso en las Marianas. En seguida rememoró con nostalgia sus días de Buenos Aires, de regreso de Chile, "en que lo pasábamos conversando y recitando poesías." Por aquellos años de comienzo de siglo le había escrito a Ricardo Rojas pidiéndole material para su romancero. Este le contestó que aunque sentía especial amor por las cosas de su pueblo no conocía romances, lo que no era de extrañar pues otro tanto le había ocurrido con Gabriel y Galán, y aún con Menéndez y Pelayo, quien sostuvo que en Santander tampoco los había. El tiempo ha demostrado —subrayo— lo erróneo de tales afirmaciones, y en el caso de la Argentina están los testimonios recogidos por el doctor Ismael Moya. Cité a Don Ramón las palabras que Rojas le dedicara en "Retablo Español", en el cual se incluye una fotografía de la conferencia que el maestro argentino dió en mayo de 1908 en el Ateneo de Madrid, y en la que el autor de *Flor nueva de romances viejos* también aparece. Don

Ramón no conocía el libro, lo que se justifica porque se publicó en 1938, en plena contienda civil, y “en esos años de la guerra —me explicó— todos andábamos dispersos”. Yo no tenía ese día el ejemplar conmigo y otra tarde, a su pedido, le llevé el volumen pues quería copiar el capítulo a él referido y reproducir el grabado. Se alegró con una alegría infantil al verse en el retrato; su barba era entonces negra y los que estaban a su lado pertenecen ya a la muerte: la condesa de Pardo Bazán, Darío, Rojas, Grandmontagne. Sólo Don Ramón sobrevive de esa generación, como si se empeñara en afirmar ante nuestra época la potencia vital, la fuerza creadora de tal pléyade ilustre. A propósito del Ateneo señaló que de institución liberal que era se ha convertido en una institución común, pasando a girar después su conversación en torno al estado de su archivo y a una reciente e infructuosa búsqueda de recuerdos “del tiempo en que con otros francófilos fuimos invitados a Verdún”. Mencionó a sus amigos de la Argentina, Lleviller entre otros, y se interesó por nuestra política. Como yo tenía interés en saber si había familiares de Ramiro de Maeztu, bajó a preguntarlo a su hija Jimena, que es su secretaria, y al volver me dio noticia de un hijo

del creador de *Don Quijote*, *Don Juan* y *la Celestina*, a quien yo conocería más adelante. Todavía al acompañarme hasta la salida se preocupó de buscarme el número telefónico y la dirección en la guía para que yo anotara. En nuestro segundo encuentro, también en Chamartín, me confesó que al cerrarme la puerta en ocasión de mi visita anterior, había recordado que Enrique Larreta se llevó semillas de la jara de su jardín en su último viaje, y que acababa de escribirle diciéndole que florecía magníficamente en Buenos Aires. “Al despedirle —añadió— se la mostraré para que antes de irse a su país también Vd. se lleve semillas de mi jara”. Me condujo, en efecto, hasta el parque y mostrándome la planta, con una inocencia que tenía mucho de niño o de sabio, cortó una hoja y me la entregó para que comprobara la espereza del limbo. “Cuando se abren sus flores —me dijo— el perfume es intensísimo”. Al volver otra vez a su casa para retirar el “Retablo” que le dejara, no había aún semillas. Luego partí para Francia y razones de viajero apresurado me impidieron despedirme del maestro y recoger las semillas ofrecidas de la jara, sobre la que debe caer ahora el dulce otoño madrileño.